

CAPÍTULO 1

1 de mayo de 1782

No eran las diez de la mañana de aquel plácido y ya caluroso domingo de mayo, cuando una horda de seiscientos salvajes apaches sin Dios, conciencia o misericordia se echó sobre el presidio de Tucson con la intención de aniquilarlo. Al presidio y a las cerca de trescientas almas cristianas que en él vivían.

Los apaches aullaban como perros enjaulados. Como perros enjaulados a los que se les ha sacudido despiadadamente con una vara y a los que, tras sacudirles a conciencia y como último castigo, se les vuelve a sacudir. Una y otra vez. Hasta doblegarlos. O hasta hacer de ellos rabia absoluta. Absoluta e inmune a todo lo demás.

Muchos a caballo, muchos a pie y todos a la carrera. Corriendo entre las pobres gentes de bien, entre sus casas, el ganado, los huertos y los sembrados. Haciendo daño y algo todavía peor: provocando el pánico, un pánico negro y pegajoso que se agarra a todo el que se da cuenta de que, de aquella, con dificultad se sale. Dios santo, quien tenga un arma y sepa cómo empuñarla, que lo haga ahora o no dispondrá de una nueva ocasión.

Los apaches corren más deprisa y con mayor aguante que cualquier animal sobre esta tierra polvorienta. Corren más que los españoles, más que los mulatos, más que los coyotes y más que el caballo que puedan hallarse montando. Un caballo, por cierto, robado miserablemente en sus incursiones nocturnas. Arrebatado, sin perdón de Dios, a un pobre diablo que depende de él para poner comida en la boca de su familia. Un caballo del que, un buen día, cuando te levantas, atraviesas la puerta de tu casa y, mientras te desperezas y das gracias al Señor por otorgarte la dicha de una nueva jornada bajo su protección, tienes que despedirte porque un sarnoso apache te lo ha robado amparándose en la protección de la noche. ¡Maldita escoria infiel! ¡Dios Todopoderoso envíe a cada uno de ellos a un infierno distinto! ¡Miles de infiernos servidos por legiones de demonios dedicados durante el resto de la eternidad a proporcionar tormento! Tormento para los que ahora nos aterrorizan, los que ahora nos invaden y nos roban, para esos que pretenden hacer de nuestras mujeres las suyas, de nuestras hijas sus concubinas, de nuestro ganado su riqueza.

¡Matémoslos a todos y cuanto antes!

El soldado en el puesto de guardia dio la voz de alarma en la tranquila mañana.

—¡Apaches! ¡Apaches! ¡A las armas!

La voz de alerta iba dirigida a todo aquel que pudiera escucharla. Todos y cada uno de los allí presentes, todos los que tenían al presidio por su casa, debían empuñar un arma y hacer frente al enemigo. Lanzarse contra él como quien combate una plaga. Cualquier arma servía y mejor la más cercana. Ya podías guardar una magnífica lanza en la parte trasera de tu casa. Habías trabajado duro en ella durante largas noches. Un fuego frente a la casa y la punta de

la lanza siendo endurecida por el humo. Sabes cómo lograrlo. Sabes cómo darle a la madera una resistencia y un valor que sólo Dios inspira en los que le son fieles y, además, lo demuestran. Una lanza, en suma, con la que sueñas por las noches. Los apaches llegarán y tú, hombre honrado que cultiva con esfuerzo el trozo de tierra que ahora esos desalmados están pisoteando inmisericordemente, asirás con fuerza tu preciada lanza y comenzarás a ensartar salvajes. Uno detrás de otro, muertos, con los corazones, si es que los tienen en medio del pecho, quebrados por esa punta tantas noches endurecidas al calor de tu hoguera.

Éste era el plan. Era el plan, pero ahora los apaches han atacado y tú no estás cerca de casa. Has ido al río a por agua y lo único que tienes a mano son dos cubos de madera. La lanza está lejos, muy lejos, y jamás lograrás llegar hasta ella. No antes de que los apaches lleguen hasta ti. Y no sucederá de esta manera porque ellos ya están aquí. ¿Oyes sus gritos? ¿Sus aullidos de perro sarnoso? Sí, los oyes. Y no sólo los oyes, sino que los ves.

Aquí están.

Corren como impulsados por el mismísimo Satanás. Corren y serían capaces de deslomar hasta al mejor caballo lanzado a la carrera. Dicen, y quienes lo dicen no suelen mentir, que se ha visto a apaches cabalgando a campo abierto, de sol a sol, bajo el insoportable calor del mediodía, sin silla, sin arnés, sin nada que se les parezca y que permita gobernar la cabalgadura, cabalgando y agotando la montura hasta el mismísimo umbral de la muerte. Cae rendido el caballo, pero el apache salta como una serpiente para que su pierna no quede atrapada en la caída de la cabalgadura. Salta, se yergue y continúa corriendo como si para otra cosa distinta no hubiera nacido.

Corre, pero, ¿hacia dónde corre?

Corre, no lo dudes jamás, siempre hacia ti. Te matará si puede, violará a tus mujeres y robará tu ganado. Prenderá fuego a tu casa y pisoteará tu sembrado incluso cuando sepa que nadie queda atrás para servirse de él. El apache destruye porque de la destrucción se alimenta. Bestia infernal.

Y como estás en el río, estás reparando el cercado, estás echando un vistazo a las ovejas, estás a mil cosas excepto a lo que en ese preciso instante deberías estar, el ataque apache te obliga a luchar desde la desventaja de quien no está armado ni en disposición de alcanzar sus armas.

Haces, en suma, lo que puedes. Pero lo haces con un empeño jamás observado en un hombre. Lo haces así porque, de lo contrario, estás muerto.

El sargento José María Sosa escuchó el grito del centinela mientras se afeitaba en la puerta de su casa. Él tenía la suerte de vivir dentro de la empalizada de madera. De esa misma empalizada que, no muchos años atrás y hartado de sufrir indefensión ante las hordas de apaches que cada vez con mayor frecuencia les atacaban, el capitán Pedro de Allande había ordenado levantar. Id, talad cuantos árboles sean necesarios y levantad una maldita empalizada. Hacedlo, pues sólo así seremos capaces de hacer frente, con garantías de éxito, a los salvajes que ahí fuera se agazapan.

Los hombres trabajaron duro durante más de dos semanas, pero por fin la empalizada de troncos fue levantada. Un cuadrado más o menos perfecto de treinta y tantos pasos de lado. Quizás cuarenta, pero no más. Suficiente para que dentro se refugiaran, al menos, los oficiales, sus familias, el capellán y parte de la tropa. Los cabos, los dragones, el armero. Y, por supuesto, la pólvora, las balas, los mosquetes y los cañones. Los magníficos cuatro cañones de bronce que

nunca rugían lo suficiente. Lo suficiente y a tiempo. Aquellos salvajes sarnosos atacaban con tal rapidez que no era posible coordinar a cuatro o cinco hombres para que los montaran, los cargaran y los dispararan. Ahora, al menos, con la empalizada levantada y sus cuatro magníficos baluartes custodiando los cuatro puntos cardinales, la seguridad del presidio mejoraba notablemente. Un cañón a cada baluarte, un hombre siempre cerca y en guardia. El cañón siempre limpio y la pólvora a salvo en el polvorín.

En no otro asunto, precisamente, pensó el sargento Sosa cuando escuchó la voz de alarma: en correr hacia el polvorín, cargarse con un saco de pólvora y correr hacia los cañones.

—¡Meteos en casa y no salgáis por nada del mundo! — gritó el sargento a su esposa—. ¡Vamos, adentro! ¡Tú también!

Esto último iba dirigido a su hijo menor. Un muchacho de ocho años que se le había aparecido en la puerta de la casa con un hacha entre las manos. Un hacha pequeña, cierto es, pero con la que jamás causaría un solo rasguño a un salvaje apache. Y no porque fuera demasiado joven, que lo era; y no porque su entrenamiento militar era más bien escaso, que lo era; y no porque le faltaran intenciones y arrestos para luchar contra los apaches, que no le faltaban. Sino porque, como muy bien sabía su padre, ocho años y cuatro palmos levantándose del suelo no eran suficientes para hacer frente a los invasores. Habrían acabado con el niño antes de que la criatura tuviera tiempo para levantar el hacha frente al primer indio que se pusiera frente a él. Lo habrían arrollado sin dudarlos dos veces.

El sargento Sosa se regocijó ante la valentía y el arrojo de su muchacho, pero en silencio, pues sólo le faltaba darle

alas. No, adentro. A la casa, junto a su madre y sus dos hermanas mayores. Que se ocultaran debajo de la cama y que por nada del mundo asomaran la cabeza fuera de la casa. Por nada del mundo. Ni aunque se hiciera el más sepulcral de los silencios. Que aguardaran. Simplemente eso. Que aguardaran hasta que una voz amiga les advirtiera de que podían salir sin peligro.

Sosa llevaba puestos solamente los pantalones y las botas. Espuma en la cara, legañas en los ojos, el pelo despeinado y una navaja de afeitar en la mano derecha. Suficiente, porque el primer apache acababa de atravesar la puerta abierta de la empalizada y daba gritos como un animal encelado en medio de la plaza del presidio. Se hallaba a lomos de un magnífico ejemplar de caballo español. Una bestia digna de admiración que, sin la menor duda, había sido robada a los españoles. Robado este caballo o robados los caballos que dieron lugar, más tarde, a este. ¿Existía alguna diferencia? Todos y cada uno de los caballos de los apaches, todos y cada uno de ellos, eran españoles. También los criados por los propios apaches. Y así era porque si crías a partir de sementales que has robado, a partir de yeguas que a ti han llegado de la más ilegítima de las maneras, crías algo que no te pertenece. Esa estirpe no es tuya y careces del derecho a poseerla. A criarla, por supuesto, y, sin duda alguna, a montarla.

El sargento Sosa corrió con la navaja de afeitar hacia el apache. Sin dudarle dos veces. Corrió hacia él porque si no lograba detenerlo ahora, el salvaje podría llegar hasta el aposento del mismísimo capitán y de su familia. Y si algo

no podía tolerar Sosa, era que algo así sucediera.

De un salto, se abalanzó sobre el indio y lo desmontó. Cayeron ambos al suelo y rodaron durante un rato sobre el polvo. El apache aullaba tanto y tan insistentemente que a Sosa comenzó a dolerle la cabeza:

—¡Cállate de una maldita vez! —exclamó mientras trataba de sujetar al salvaje por las muñecas.

Pero no era tan sencillo, no. Los apaches podrían suponer el estertor final con el que Dios había dado por concluida la Creación pero, y en adecuada consonancia con el Creador de todo lo existente en este maravilloso mundo y puesto que obra suya eran, los había moldeado valientes y poderosos. Infernales y alentados por el mismísimo Satanás, pero duros en la batalla y listos como los perros que no han comido en semanas.

Sí, así lo había expresado una vez fray Gabriel: Dios nos crea a todos, pero sólo insufla el don de la beatitud en aquellos que luchan en su nombre; el resto, que se pudra en el infierno.

¿Y por qué creó Dios a los apaches? Nadie que sea pío y que se pretenda miembro de la Iglesia de Nuestro Redentor puede hacer esa pregunta. Y no puede hacerla porque hacerla supone pecado. El pecado de tratar de comprender los designios del Señor.

Por eso Sosa, y con la intención de no enfurecer al Creador, luchaba contra el salvaje con el sano propósito de darle muerte lo más rápido posible. El salvaje o él. Allí y ahora. La serpiente que se revuelve bajo sus piernas y el hombre sabedor de que la razón y la fe están de su parte: que si la navaja de afeitar aún sigue en su mano, no ha de ser en vano.

Sosa levantó su mano derecha, se tomó una centésima

de segundo para asir convenientemente la navaja de afeitar y asestó un corte letal en el cuello del apache. El salvaje lo miró a los ojos cuando se supo muerto. Un ejemplar, Sosa, lo intuyó, espléndido. Un ejemplar de esos que agradaba enviar al infierno: joven, de no más de veinte años, ojos limpios y mirada desafiante, desafiante y orgullosa también ahora en el momento de la muerte; pelo oscuro, denso, atado en la nuca con un tocado de plumas y piedras talladas; un machete sujeto a la cintura que no había tenido ocasión de empuñar y el rostro pintado para la batalla. El rostro de quien había sido un digno contendiente para Sosa.

El sargento se puso en pie y miró al apache mientras agonizaba en el polvo. Un chorro de sangre brotaba de su cuello abierto. Suficiente para saber que de ésta no salía. Bien, ¿y ahora?

Ahora Sosa golpeó con la palma abierta en el anca del caballo y lo espantó para que trotara hacia la empalizada. El lugar donde menos molestase. Allí estaba a punto de desatarse una gran batalla y toda gran batalla, así se lo repetía el capitán a todos y cada uno de sus hombres, sólo se gana si se acomete desde el orden y control absolutos. Ellos eran un ejército regular, no una horda salvaje embistiendo por donde en cada momento les parece oportuno. Ellos disponían de armas y de preparación adecuada. De normas y de estrategias. De una fuerza de ataque y defensa que convenía ir poniendo en marcha.

Fuera, al otro lado de la empalizada, los civiles habrían comenzado a sufrir las consecuencias del ataque. Sin duda alguna.

* * *